

Poder, Locura y Cultura en el pensamiento de Enrique Pichon Rivière*

Samuel Arbiser

Probablemente sea una audacia pretender hacerse eco y transmitir el pensamiento de este indiscutible maestro del psicoanálisis argentino. No dejó una obra extensa, documentada, sistemática y organizada. Los artículos y demás escritos que figuran en sus libros, *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*, son bastante fragmentarios; a veces semejan apenas apuntes y otras, aunque parecían intentos más ambiciosos, quedaban incompletos o terminaban precipitadamente. Podría pensarse —con alguna ironía— que sus trabajos, tomados en forma aislada difícilmente hubieran franqueado las barreras del referato de las revistas psicoanalíticas corrientes, a pesar de que no exageraría un ápice en considerarlo una de las figuras más influyentes e inquietantemente innovadoras en el desarrollo y las características diferenciales del psicoanálisis argentino. Con esta salvedad intentaré ser fiel a lo más consensuado de su pensamiento.

Pichon Rivière y la Cultura

Con matices diferentes de los demás pioneros que introdujeron, desarrollaron y cultivaron el psicoanálisis en nuestro medio, E. Pichon Rivière fue ante todo un “hombre de la cultura” que devino psicoanalista. En contraste con aquéllos, el psicoanálisis no fue su meta sino un natural encuentro de quien, atravesando con plenitud la vida cultural de la primera mitad del siglo XX, no quiso ni pudo soslayar un

* Trabajo presentado en el VIII Congreso Argentino de psicoanálisis. Rosario 2010.

producto de esa cultura –la creación freudiana– que se imponía con vehemencia prometedora y liberadora en gran parte del mundo occidental. Este particular punto de partida resalta justamente los mencionados “matices diferentes”. No es descartable conjeturar que su peculiar crianza en culturas contrastantes haya contribuido a marcar ese curioso destino. Nacido en Ginebra de padres franceses llega a los 3 años a las inhóspitas regiones de la selva chaqueña y pasa cuatro años viviendo bajo la obsesionante amenaza de los feroces malones de los indios guaraníes; indios que fuera de sus agrupamiento en tales malones eran pacíficos y laboriosos; y que le permitieron al niño Enrique aprender su lengua y familiarizarse con su cultura. A los 8 años pasa a vivir en la provincia de Corrientes y finalmente se instala en la ciudad de Goya donde su madre funda el colegio secundario que lo tuvo a él de alumno. Ya en su adolescencia el deporte, la poesía y la pintura constituyen su pasión dominante, que se continúa muy pronto con la lectura de los “poetas malditos” como Isidoro Ducasse (el conde de Lautréamont), Rimbaud y Artaud. Los *Cantos de Maldoror*, del conde de Lautréamont le van a marcar tempranamente su inquietante interés por la locura y lo siniestro hasta el nivel de lo espectral. Luego en Rosario y más tarde en Buenos Aires mientras cursa (largamente) su carrera de Medicina, trabaja como periodista y participa en forma activa en la bohemia intelectual de la época, donde cultiva la amistad de escritores como Roberto Arlt, pintores y los más entrañables personajes de esa bohemia. No es entonces sorpresa sus contribuciones sobre la literatura, la pintura y sobre la significación psicoanalítica del arte en general. Pero tampoco puede desconocerse su interés por la cultura popular: sus incursiones periodísticas sobre el fútbol; o sobre el tango y el “grotesco” argentino encarnados en los hermanos Enrique y Armando Santos Discépolo.¹ Detengo acá la enumeración en tanto que sólo pretendía con ella sostener mi afirmación de que Enrique Pichon Rivière fue un “hombre de la cultura” y que, gracias a esta condición, innovó y enriqueció –a través de su

¹ Estos párrafos biográficos figuran con algunas diferencias de redacción en la entrada correspondiente a Pichon Rivière de mi autoría en el *Dictionnaire International de la Psychanalyse* bajo la dirección de Alain Mijolla.

enseñanza preponderantemente oral– el corpus teórico-práctico no sólo de la disciplina psicoanalítica sino además de la psiquiatría y de la psicología social.

Por otra parte, en el pensamiento pichoneano la cultura no era sólo un objeto de indagación que podía abordarse desde el psicoanálisis. Para este pensador el objeto del psicoanálisis era el “hombre inmerso en la estructura socio-cultural”; precedido y determinado por ésta y, a su vez, determinándola. Esto conlleva un desacuerdo básico con la opinión freudiana de oponer la cultura a la naturaleza instintiva del hombre; oposición responsable del “malestar...”. La cultura no es sólo represiva sino regulatoria, muy imperfecta por cierto, y en consecuencia perfectible, de las relaciones humanas. Si bien es cierto que liberar de las represiones patológicas puede devolver la salud, debe acentuarse en este enunciado el término “patológicas”, y evitar así una generalización interesada, sustento de las posturas “contestatarias”.² Nuestro autor no concebía al hombre “aislado” de su contexto humano y “ecológico” (la querencia, el pago). Para él la pregunta de cómo se construye el grupo a partir del individuo debía reformularse en un sentido inverso, a saber: cómo se deviene individuo a partir del grupo. En ese sentido era un psicólogo social especialmente influenciado por el filósofo norteamericano de la Escuela de Chicago George H. Mead, creador de lo que se dio en llamar “interaccionismo simbólico” (Fernando Fabris, 2007). Otra fuente de su pensamiento era la de los “experimentalistas” norteamericanos liderados por Kurt Lewin, autor de la conocida “Teoría del Campo”. Y desde estas posturas, donde se acentuaba la preponderancia genética de lo colectivo sobre lo individual, tampoco pudo sustraerse de la influencia de los teóricos de la Comunicación. Pretendo decir que el psicoanálisis que cultivaba y enseñaba estaba atravesado por esas fuentes de influencias; fuentes que supo integrar en el corpus de nuestra disciplina instilándole un inédito hálito innovador. De ahí su crítica a Freud con el que remata su escrito (apenas una imperdible hoja y un tercio de página impresa)

² Como el paradigmático grito de Mayo del 68: “prohibido prohibir”. Dudo que esta última frase hubiera sido refrendada por Enrique Pichon Riviére, aunque para mí es una clara consecuencia de considerar al “hombre inmerso en la estructura socio-cultural”.

titulada “Freud: punto de partida de la psicología social” ... “Pese a percibir la falacia de la oposición dilemática entre psicología individual y colectiva, su apego a la ‘mitología’ del psicoanálisis, la teoría instintivista, y el desconocimiento de la dimensión ecológica, le impidieron formularse lo vislumbrado, esto es, que toda psicología, en sentido estricto, es social” (Pichon Rivière, 1971). En el sentido de articular lo colectivo con lo individual puede también entenderse la necesidad de introducir las nociones acerca del “emergente y el portavoz”. Estos se refieren en términos generales, a que el individuo enfermo es emergente de la dinámica enferma de su grupo de pertenencia y que su discurso es el portavoz de la “cultura” conflictiva particular de cada grupo y éstos a su vez, de grupos cada vez más amplios hasta abarcar a la cultura en su dimensión más general. Esto explicaría que los discursos que la mayoría de los individuos creen ingenuamente como propios, son –en realidad– producto de su pertenencia grupal. Serían una minoría aquellos individuos que, reconociendo su relación de interdependencia con sus grupos de pertenencia, pueden diferenciarse (sin alienarse) del conjunto y tener un pensamiento propio producto del procesamiento crítico y desapasionado de la realidad. La inextricable relación del hombre y su contexto socio-cultural en el pensamiento de Pichon Rivière puede también reconocerse en su necesidad de reformular el psiquismo como “grupo interno”.³ No lo ha hecho en forma sistemática y completa sino a través de jirones repartidos en diferentes escritos; por elegir alguno, transcribiré otro párrafo del artículo citado anteriormente: “Podemos observar, de acuerdo con los aportes de la escuela de Melanie Klein, que se trata de relaciones sociales externas que han sido internalizadas, relaciones que denominamos vínculos internos, y que reproducen en el ámbito del yo relaciones grupales o ecológicas. Estas estructuras vinculares que incluyen al sujeto, el objeto y sus mutuas interrelaciones, se configuran sobre la base de experiencias precocísimas, por eso excluimos de nuestros sistemas el concepto de instinto, sustituyéndolo por el de experiencia. Asimismo, toda la vida mental inconsciente, es

³ A lo largo de casi 40 años he dedicado a este tema la mayor parte de mis trabajos, pero lo más sistemático de esta noción puede encontrarse en Arbiser S. (2001) y en Arbiser (2003).

decir, el dominio de la fantasía inconsciente debe ser considerado como la interacción entre objetos internos (grupo interno) en permanente interrelación dialéctica con los objetos del mundo exterior”. Concluiré esta sección con una bella cita del poeta inglés John Donne que E. Pichon Rivière a su vez reproduce en su artículo que lleva el sugerente título de “Implacable interjuego del hombre y el mundo” (op. Cit. 1971): “Nadie es una isla completa en sí misma; todo hombre es un trozo del continente, una parte del todo; si el mar arrebatara un peñón, es España la que sufre la pérdida. Lo mismo que si se trata de un promontorio, de una hacienda de tus amigos o de la tuya propia, la muerte de un hombre me disminuye porque estoy inserto en la humanidad, y por eso no preguntes nunca por quién doblan las campanas: doblan por ti”.

Pichon Rivière y la locura

La palabra “locura” –se sabe– ha acumulado en su significación un amplio espectro de matices: desde un halo poético, hasta servir como un estricto encasillamiento psicopatológico, pasando por ese estado general indefinible de malestar en la cultura ante la inevitable insatisfacción que las limitaciones de la vida nos produce. Ese halo poético mencionado podría asimilarse a cierta exuberancia creativa del espíritu, extravagancias o chifladuras (en términos freudianos) con matices pintorescos o críticos ante las “grises” realidades de la vida. Pichon Rivière, probablemente, abarcó en su pensamiento y producción a la mayoría de sus significaciones. Ya se ha mencionado el abordaje literario de los “poetas malditos”; especialmente a la corta y malhadada vida de Isidoro Ducasse y a su tétrico *Cantos de Maldoror*, enmarcados ambos en el ensayo de Freud sobre lo “sinistro”. También debemos recordar que nuestro autor se encontró con el psicoanálisis luego de una dilatada, activa e innovadora tarea como psiquiatra en el entonces Hospicio de la Merced. Es decir no conocía la locura sólo por referencia o por los mecanismos psicóticos de los neuróticos. Tampoco había en él una tajante división entre su rol de psiquiatra, psicoanalista y psicólogo social, ni en la utilización de las estrategias de abordaje:⁴ recursos psiquiátricos, terapias individuales o grupales.

Probablemente la flexibilidad del modelo del psiquismo como “grupo interno” favorecía esa versatilidad. Desde el ángulo más estrictamente de la psicopatología psicoanalítica puede interesar recordar, aunque sea en forma arto escueta, su teoría de la “enfermedad única”. Él postulaba “... la existencia de un núcleo psicótico central, situación depresiva básica patogénica, siendo –en consecuencia– todas las demás estructuras patológicas tentativas de elaboración o desprendimiento de dicha situación nuclear (op. Cit. Pág. 279). Planteaba, en contraste con M. Klein, a la posición esquizoparanoide como salida de la situación depresiva básica y condición para el manejo defensivo del Yo en tanto discriminación entre objeto “bueno” y objeto “persecutorio”, más en línea con Fairbairn (“divalencia”). En un esquema (del que sólo nombraré los títulos) intenta abarcar la causación de una estructura psíquica, sea ésta patológica o normal.

1) Policausalidad: a.- el factor constitucional, tanto genético como precozmente adquirido; b.- factor disposicional es el encuentro entre el factor constitucional y la crianza en el ámbito familiar; c.- factor actual (privación o pérdida).

2) Pluralidad fenoménica: áreas mente, cuerpo y mundo.

3) Continuidad genética y funcional. Se refiere a las vicisitudes evolutivas del núcleo patogénico central o depresión básica: a.- Protodepresión, b.- Posición depresiva del desarrollo (M. Klein), c.- Depresión desencadenante, d.- Depresión regresional, e.- Depresión iatrogénica, referida a la depresión resultante del proceso terapéutico exitoso.

Entendía la patología como una detención, por la rigidez de las defensas, del proceso de intercambio con la realidad y por consiguiente como una lectura sesgada y estereotipada de la misma. La estrategia terapéutica consistía, en consecuencia, remover las defensas y relanzar el intercambio con la realidad externa. En una terminología derivada del marxismo en su concepción dialéctica y de la praxis definía la salud como una adaptación activa (diría crítica) a la realidad, “transformarse, transformando la realidad” que, por otro lado, no se

⁴ Como ejemplo puede verse su artículo “Empleo de Tofranil en psicoterapia individual y grupal” (Pichon Rivière, 1971).

diferencia de lo postulado por Freud (1924) en “Pérdida de la realidad en la Neurosis y Psicosis”, cuando utilizando los términos de Ferenzci postula los conceptos de autoplástico y aloplástico. Se podría esquematizar con fines didácticos que: “la adaptación activa a la realidad” correspondería a la salud, “la adaptación pasiva a la realidad” a la neurosis, la “inadaptación pasiva a la realidad” a la psicosis, y finalmente “la inadaptación activa a la realidad” a la psicopatía.

Pichon Rivière y el poder

Es más difícil tratar de ser un cronista imparcial cuando se trata de un término como el del poder, tan entrecruzado por las pasiones ideológicas. Pasiones que hacen confundir al sustantivo con el predicado: no es lo mismo el “poder” que el “abuso del poder”.⁵ Sin embargo, a pesar de esta válida reserva, arriesgaré destilar de su pensamiento algunas ideas que delatan su particular manera de concebir el poder y su administración. Para ello me referiré a su innovadora manera de concebir la enseñanza y el aprendizaje, y luego a su postura sobre el “liderazgo” a partir de una de sus más originales creaciones, “el grupo operativo”, ambos en relación de estrecha complementariedad. El ámbito de la enseñanza suele prestarse –en sobradas ocasiones– al ejercicio arbitrario del poder partiendo del hecho consensuado de que en dicho ámbito debe primar la asimetría entre el que enseña y el que aprende. Nuestro autor, en cambio, por sus rasgos personales⁶ y convicciones ideológicas, tendía a eliminar toda tentación de superioridad jerárquica encarando la enseñanza como un proceso en “espiral dialéctica” donde el par “enseñar–aprender” se configura en una unidad indisoluble. Agregaría –evitando adjudicarle a Pichon Rivière esta aseveración– sin menoscabo en la conservación de la asimetría de roles.⁷ Un buen maestro, en consonancia con la mayéutica

⁵ Pasiones que llevan siempre a adjudicar el “abuso” al portador de la ideología contraria, a veces con una ceguera insólita ante la realidad.

⁶ Ver “Mi testimonio” en Arbiser 2007.

⁷ Acentúo personalmente lo de “...conservación de la asimetría...” en cuanto en la actualidad las tendencias contestatarias o pseudo progresistas, no sólo nivelan los roles sino que, a veces, los invierten alegremente.

socrática, sería aquél que guía y permite “alumbrar” el conocimiento de quienes en un rol social subalterno y su autoestima disminuida, a veces, desconocen lo que saben o cuánto saben. Tampoco concebía el saber como algo meramente acumulativo y estático, sino como algo dinámico y operativo, en línea con la noción de ECRO y con la noción de “praxis”. Los “grupos operativos” fueron la fértil creación que le permitió poner en práctica gran parte de estos postulados, especialmente los que atañen a los antes mentados liderazgos. Recala en Lippitt y White, discípulos e integrantes de los investigadores experimentalistas dirigidos por el antes mencionado Kurt Lewin, de quienes recoge los resultados surgidos de la investigación con grupos de estudiantes. Estos resultados, ya universalmente conocidos, a partir de esas experiencias, discriminan 3 tipos de liderazgos; a saber: el liderazgo autocrático, el liderazgo *laissez-faire*, y el liderazgo democrático que llevan a funcionamientos bien diferenciados de acuerdo al tipo de liderazgo que se ejerce. En sus palabras (1971, pág. 297) “...La detección de los liderazgos tiene una importancia fundamental en la comprensión de la dinámica del grupo, tanto es así, que la estructura y función del grupo, se configurarán de acuerdo a los tipos de liderazgo asumidos por el coordinador.” Pero además agrega a esta clásica clasificación un cuarto tipo de liderazgo que designa como “líder demagógico”, cuya característica más marcada es la impostura, dado que bajo un disfraz democrático esconde sus verdaderas intenciones autocráticas o *laissez-faire*. También conviene recordar que su idea de liderazgo es siempre en función de la tarea que encara el grupo; eso lo conduce a diferenciar entre los liderazgos “prescriptos” de los liderazgos “sentidos”. Los primeros son los que cuentan con la sanción social y los segundos son aquellos que surgen de la mencionada tarea. Es decir, en los últimos su liderazgo y poder es transitorio y sólo en función de su peculiar habilidad en denunciar o remover puntualmente los obstáculos a la continuidad del trabajo grupal. De este modo se promueve la movilidad de los roles y liderazgos. Conviene subrayar que esta forma de concebir los liderazgos otorga al poder el sesgo propio de la funcionalidad y soslaya el uso abusivo del mismo.

Bibliografía

- ARBISER, S. (1973) Esquemas de Psicoterapia con grupos. Publicada en *la Revista Acta psiquiátrica y psicológica de América Latina*. (1973)
- (1978) “Un modelo de psicoterapia grupal”. Publicado en *la Revista de Psicoanálisis (APA)*. Tomo XXXV, nº 4, 1978.
- (1984) “Psicoterapia grupal centrada en la tarea terapéutica”. *Revista de la Asociación Escuela de Psicoterapia para Graduados*, nº 9, 1984.
- (2001) “Psique e Cultura” (en portugués) “Psicanalise”. *Revista da Sociedade Brasileira de Psicanálise de Porto Alegre*. Volume 3, Número 1, 2001.
- (2001) “El grupo interno”. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, Julio 2001.
- (2003) “Psiquis y Cultura”. *Psicoanálisis Revista de Apdeba*, Vol. XXV, Nº 1 2003.
- (2007) “Enrique Pichon Rivièrre, Mi testimonio” (en portugués) (2007)). Incluido en el libro *Seguir a aventura com Enrique José Pichon Rivièrre: uma biografia*, por Marco Aurelio Fernández Velloso y María Lucía Melo Meireles.
- FABRIS, F. A. (2007) *Pichon Rivièrre Un viajero de mil mundos*. Editorial Polemos.
- FREUD, S. (1924) La pérdida de la Realidad en la Neurosis y la Psicosis. *Obras Completas*. Amorrortu.
- PICHON RIVIÈRE, E. (1971) *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*. Editorial Galerna.